

OLAVO BILAC Y LA POESÍA BRASILEÑA (1)

Olavo Bilac es, sin disputa, el máximo artífice verbal de la poesía brasileña; y aquel que ha logrado, por haber fundido en su crisol estético los mejores caracteres de su raza, trascender las fronteras de su país y de su lengua, alcanzando ese plano de universalidad que es la meta y el timbre de toda gloria literaria.

El autor de «Zarzas de Fuego» es la figura más representativa de toda una época literaria del Brasil: aquella que siguió al gran período romántico del siglo pasado y precede al actual movimiento de índole definitivamente nacionalista. Y es el poeta más representativo de su época, que abarca, como un puente, las orillas de ambos siglos, — postrimerías del XIX, iniciación del XX — no sólo por esa consagración mundial de su fama, sino también, y ante todo, porque es en sí mismo, en los rasgos propios de su poesía, el más íntimamente brasileño de sus poetas famosos.

El nos da al Brasil, no por modo objetivo, temático, sino subjetivamente, en su misma psicología de artista, vale decir, no en el paisaje real, geográfico, reflejado en el espejo de sus imágenes, sino en la transfiguración ideal de sus estados líricos; nos lo da de dentro a fuera, que es probablemente la más esencial manifestación de nacionalismo poético; porque el espíritu nacional sólo alcanza verdadera entidad en el arte, en cuanto ha pasado de las cosas a la psiquis.

(1) ALBERTO ZUM FELDE es uno de los escritores de mayor jerarquía del país. Se ha consagrado especialmente a la crítica y a la sociología histórica, después de haber espigado en todos los géneros literarios. En todos ellos ha demostrado la originalidad de su temperamento y la independencia de sus ideas. Poeta de fina sensibilidad, escritor de estilo elegante y personal, pensador intrépido y a veces, agresivo, su obra ha sido objeto de honrosos juicios en el país y en el extranjero. Nació el 30 de mayo de 1890, y desde la adolescencia cultivó las letras. Abrazó la carrera administrativa, y luego de ejercer funciones superiores en el Ministerio de Relaciones Exteriores, fué designado Secretario, primero, y luego Sub-Director de la Biblioteca Nacional, cargo que actualmente desempeña. Antes de los veinte años publicó su primer libro de versos «Domus Aurea», reflejo de la lírica revolucionaria entonces en boga y de la inquietud espiritual producida por las capillas literarias de principio del siglo, que se prolongaba todavía y daba lugar a pintorescas modalidades que un día ha de recoger la historia anecdótica. Atraído luego por la crítica, hizo cátedra de este género durante varios años y dió a luz «Proceso histórico del Uruguay. Esquema de una sociología nacional», «Estética del novecientos», «Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura», «Alción», poema dramático laureado por el Ministerio de Instrucción Pública, «Índice de la poesía uruguaya contemporánea», y «Aula Magna o La Sibyla y el Filósofo», aparecida recientemente.

La magnificencia sensual y la suntuosa plasticidad de la poesía de Olavo Bilac, trasuntan íntimamente, y mejor quizás, que el viejo colorido romántico de los grandes poetas tradicionales del Brasil, — un Magalhaes, un Gonçalves Dias — el carácter de la naturaleza brasileña, cuya riqueza y cuyo esplendor son fiesta perpetua de los sentidos y voluptuosidad imperiosa de la vida.

El encanto terrenal del Brasil, el deslumbramiento de sus días, orgías de color y de luz, destellante policromía de piedras preciosas, derramadas, en inextinguible hechizo, sobre la tierra y sobre las aguas, sobre las ciudades y los bosques; el esplendor de esa tierra, cubierta de joyas y embriagante de esencias, semejante a una emperatriz antigua, con «leche y miel debajo de su lengua», más que la Sulamita del cantar salomónico; la ardiente maravilla de ese país donde las noches son tan deslumbrantes como los días, y donde el firmamento, encendido de astros, se tiende, cubriendo como una tienda real el sueño fecundo de la tierra...; eso, es lo que está en la poesía de Olavo Bilac, hijo de ese encantamiento; él es, por excelencia, el poeta de ese erotismo panteísta de su Canaán tropical, cuya sugestión estética trasunta, no en modo descriptivo, sino expresivo, como si la llevara dentro de sí mismo, y fuera él la voz de su naturaleza.

*
**

Pero, artífice sumo de la forma verbal, él no ha dejado que esa riqueza sensual del trópico se manifestara a través de él, con la espontaneidad bárbara y frondosa que la haría confundirse y malograrse en una superabundancia retórica. El tuvo la suprema virtud de convertir las savias abundosas en esencias, destilándolas en su alambique mágico de esteta; supo torcerle el cuello a la elocuencia, según el consejo de Verlaine, — disciplina difícil en un ibero-americano, y más aún en un americano del trópico, — conteniendo la palabra en la ceñida línea del verso preciso; sirvió el vino generoso de su lirismo, en vasos de tallado hermético.

Por tal cualidad, se le ha clasificado entre los parnasianos, reconociéndosele como al máximo cultor, en su país y en su idioma, de esa escuela aristocrática de belleza que, proveniente del movimiento francés que culminó en Heredia, sustituyó en el Brasil a la vieja modalidad romántica, que dominara durante todo el período del Imperio, alcanzando algunas de las manifestaciones más ricas y originales en América.

Mas el parnasianismo de Bilac, está muy lejos de ser simple aplicación de los cánones de aquella escuela francesa; y sólo en cierto modo puede decirse con propiedad, que su poesía es parnasiana. La principal característica de aquella modalidad en Francia, suscitada precisamente por reacción contra los abusos del lirismo román-

tico, esto es, la impasibilidad marmórea del poeta, la inhibición de su intimidad lírica, la perfecta objetividad de sus motivos y de sus imágenes, — de acuerdo con el célebre dicho de Beaudelaire: «*J'hai le mouvement que deplace la ligne...*» — no se cumple en Olavo Bilac, cuya poesía es rica de contenido emocional, y palpitante de expresividad subjetiva.

Lo que él tomó del parnasianismo, fué sólo la severa disciplina estética del ajuste verbal, la talla lapidaria del estilo, la selección rigurosa del vocablo, la preciosidad plástica del giro. Esta norma, por lo demás, armoniza maravillosamente con la sensualidad refinada que era la nota predominante de su temperamento artístico. Por tan feliz coincidencia de destinos, sus poemas todos, y especialmente sus sonetos, — ya que el soneto parece ser, de suyo, cosa parnasiana, en el sentido del ajuste, — siendo las más preciosas joyas de la poesía brasileña, son asimismo como especies preciosas de su propia riqueza tropical, y como el sùmun de sus bellezas pánicas.

*
**

Y aquí es necesario que abramos paso a una advertencia. No debe desconcertar demasiado el hecho de que el poeta más apasionadamente voluptuoso del Brasil, no haya sido precisamente, en su vida, ni un libertino, ni un diletante de la aventura erótica. Con el refinamiento sensual de un Petronio, y la compleja liviandad de un Don Juan, estuvo siempre tan lejos de Don Juan como de Petronio. No hay en su biografía mujeres de carne y hueso; no alumbró sus noches con las lámparas turbias de la orgía. No es que haya sido un asceta; eso sería mucho decir; pero su vida no ofrece nada de singularmente notable en tal sentido. Todo su intenso erotismo fué puramente lírico; su sensualidad pánica sólo se abría cauce en el artificio mágico del verso.

Esta contradicción aparente, entre el hombre y el artista, suele ser un hecho más general, en su especie, de lo que el vulgo ingenuo supone. Y tanto es así que, bien puede señalarse como un rasgo propio de la psicología del creador estético, — tal como ya lo indicamos en estudios anteriores — ese fenómeno de derivación de toda la sensibilidad del individuo hacia la expresión artística, dejando al hombre mismo en función de mero instrumento del arte. En la mayoría de los verdaderos creadores de arte, el artista lo es todo y el hombre casi nada. Este está sacrificado a aquél; y en este sacrificio de la vida al arte — que es cosa de fatalidad y no de teoría — están quizás el secreto y la ley de la creación verdadera; porque la creación es, en el artista, un modo de vida ultra-personal.

*
**

Mas, la conciencia del hombre y del poeta, se reduciría, y perdería sus más profundas vivencias espirituales, si le cegase ese deslumbramiento de la objetividad espléndida, y le embargase por entero, esa embriaguez sensual de la belleza. El hombre del Brasil — su poeta — tiene que romper ese círculo encantado de la maravilla sensorial del trópico, para trascender hacia los planes inmateriales de la meditación y del silencio. Y él realiza esa proeza psíquica, que proeza es allí lo que, en otras zonas del mundo, de vitalidad menos magnificente e imperiosa, aparece como hecho más accesible.

La abstracción kantiana, parece tener su ambiente más propicio en la brumosisidad de los cielos del norte; y el ascetismo descarnado del Kempis se alcanza mejor allí donde los vientos hiperbóreos ajan pronto las galas efímeras de un ligero verano... Pero el pensamiento abstracto y aun el místico, son difíciles de sostener en medio al poderío dionisiaco de una tierra en perpetuo gozo de su propia fastuosidad, y en delectación dominante de los sentidos. Un erotismo panteísta es sin duda la forma de vivencia psíquica concreta, más acorde con ese imperio de las deidades terrenas, y en medio a ese festín de cornucopias. Eros Pandemos sonríe sobre el Jardín de las Hespérides.

El hombre del Brasil — su poeta — se ha abierto paso, no obstante, hacia la experiencia de un más allá de la carne y de la vida, presintiendo detrás de la brillante belleza natural de las cosas, otro orden de belleza velada, suprasensible. En Olavo Bilac, el artífice voluptuoso y espléndido, late también el alma pensativa que ha sentido sobre la ebriedad luminosa de los días, la sombra de un crepúsculo entornado...

Olavo Bilac no es sólo el orfebre sensual y suntuoso, sino también el poeta que ha escuchado en el silencio de las estrellas las voces del misterio absoluto. El fauno sibarita, ya en su Otoño, se ha inclinado también a la boca oscura de los enigmas, bajo el cielo anochecido de su desvelo. Su libro póstumo, «Tarde», nos da — después de los ardores voluptuosos de sus «Zarzas de Fuego», después de los magnificentes joyeles del «Cazador de Esmeraldas» — un alma triste, vuelta ya hacia una *saudade* inefable de lo eterno.

Poesía nutrida de graves pensamientos de la muerte, la de ese último libro es el más hondo testimonio de su patética verdad humana y de su severo culto estético. Porque él bajó al reino de las sombras, como Orfeo en busca de su Eurídice inmortal, llevando la lira de oro, emblema de su aristarquía.

Y en esta última face de su poesía, también es el artífice parnassiano un signo representativo del alma brasileña, capaz de elevar por sobre la magnificencia de sus derramadas cornucopias — bienes terrenales, al fin... — la severidad de los altos pensamientos, torres del Espíritu.

ALBERTO ZUM FELDE.